

MATERIALIDAD Y SIMBOLIZACIÓN: BALDOSAS POR LA MEMORIA, UNA MARCA TERRITORIAL EN EL ESPACIO URBANO COTIDIANO¹

Materialization and Symbolization: Baldosas por la Memoria (Tiles for Memory), Territorial Markers in Quotidian and Urban Space

Cristina Bettanin

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET) –
Universidad Nacional de Avellaneda (Argentina)

Laura Schenquer

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET) –
Universidad Nacional del Litoral (Argentina)

RESUMEN: El presente trabajo analiza la iniciativa Baldosas por la Memoria, una propuesta artístico-política de marcación del espacio urbano realizada en la ciudad de Buenos Aires (Argentina). La idea nació de un grupo de ciudadanos que se propuso averiguar las identidades de sus vecinos detenidos-desaparecidos por la última dictadura militar y, para recordarlos, estamparon sus nombres en baldosas que ubicaron en las veredas de sus barrios. Rápidamente la iniciativa fue imitada y se extendió en otras ciudades del país.

Partimos de las particularidades de esta experiencia, espontánea y popular, para determinar sus continuidades y diferencias con respecto a las tradicionales conmemoraciones de las víctimas del terrorismo de Estado. Luego, estudiamos estas marcas territoriales en comparación con experiencias similares en otros países en los que también el pasado traumático se materializa en las calles para interpelar a los transeúntes en sus recorridos cotidianos. Finalmente, analizamos los sentidos que *transmiten* las Baldosas y la capacidad de sus receptores de reconocerlos y resignificarlos en el marco de un proceso complejo que escapa del control de los autores de estas marcas.

PALABRAS CLAVE: marcas territoriales, memoria colectiva, terrorismo de Estado.

1. Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el xxxii International Congress of the Latin American Studies Association, Chicago, mayo de 2014.



RESUM: Aquest treball analitza la iniciativa *Baldosas por la Memoria*, una proposta artísticopolítica de marcatge de l'espai urbà, realitzada a la ciutat de Buenos Aires (Argentina). La idea va nàixer d'un grup de ciutadans que es va proposar esbrinar les identitats dels seus veïns, detinguts-desapareguts per l'última dictadura militar, i per a recordar-los van estampar els seus noms en rajoles que van ubicar a les voreres dels seus barris. Ràpidament, la iniciativa va ser imitada i es va estendre a altres ciutats del país.

Partim de les particularitats d'aquesta experiència, espontània i popular, per a determinar les seues continuïtats i diferències respecte de les tradicionals commemoracions de les víctimes del terrorisme d'Estat. Després estudiem aquestes marques territorials en comparació amb experiències similars a altres països en els quals també el passat traumàtic es materialitza als carrers per a interpel·lar els transeünts en els seus recorreguts quotidians. Finalment, analitzem els sentits que *transmeten* les rajoles i la capacitat dels seus receptors de reconèixer-los i ressignificar-los en el marc d'un procés complex que escapa al control dels autors d'aquestes marques.

PARAULES CLAU: marques territorials, memòria col·lectiva, terrorisme d'Estat.

ABSTRACT: This paper analyzes the initiative *Baldosas por la Memoria* (Tiles for Memory), an artistic-political proposal for urban space in the city of Buenos Aires (Argentina). The idea came from a group of citizens who wanted to find out the identities of their neighbors who had been detained-disappeared by the military dictatorship. In their memory, they wrote their names on floor tiles and laid them on the sidewalks of their neighborhoods. The initiative was quickly imitated and spread to other cities in Argentina.

Drawing on the distinctive features of this proposal, particularly its spontaneous and popular origins, we determine the similarities with and differences from traditional commemorations of state terrorism victims.

Finally, we analyze the feelings *Baldosas por la Memoria* transmits, and the ability of receptors to recognize them and add meanings as part of a complex process that is beyond the control of the initiative's instigators.

KEYWORDS: territorial marks, collective memory, state terrorism.



Introducción

El 24 de marzo de 1976, un golpe militar derrocó al gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón e instauró en la Argentina una dictadura que duraría siete años. En ese período el régimen persiguió y secuestró a miles de personas, creó centros clandestinos de detención a lo largo del país, en los que se confinó a los detenidos, se los torturó y asesinó, y finalmente se lanzó sus cuerpos desde aviones al Río de la Plata o se los enterró en fosas colectivas como N.N. La violencia institucional, ejercida en forma sistemática y clandestina, generó la particular figura de personas detenidas-desaparecidas que eran reclamadas por sus familiares al Estado que negaba toda responsabilidad y proclamaba total desconocimiento de su paradero.

Con anterioridad a la reapertura democrática y especialmente a partir de ella, los familiares de las víctimas junto con otros sectores de la sociedad civil reclaman conocer la verdad, que se haga justicia y que la sociedad tenga memoria; ésta última demanda es impulsada por diferentes vías, entre ellas las iniciativas memorialísticas.

El presente artículo se propone analizar las Baldosas por la Memoria, que son marcas territoriales realizadas en recuerdo de las víctimas de la dictadura. Surgidas en el treinta aniversario del golpe de Estado cuando un grupo de «vecinos», tal como ellos se presentan, decidió averiguar las identidades de las personas detenidas-desaparecidas de su barrio en Buenos Aires y colocaron sus nombres en baldosas que dispusieron en las veredas a la vista de todos los transeúntes. Rápidamente esta propuesta fue tomada por otros grupos que copiaron la iniciativa y la replicaron en otros barrios de la ciudad de Buenos Aires y de sus alrededores.

A continuación analizamos esta intervención, en particular rastrearemos los sentidos artístico-políticos en vista de experiencias similares a las Baldosas en ciudades de otros países y, a su vez, considerando las diferencias con previas intervenciones memorialísticas utilizadas en Argentina. Luego, analizaremos en detalle el proceso genealógico que culmina con una baldosa emplazada en una vereda, y la relación público/privado entre organizaciones estatales y de la sociedad civil involucradas. Finalmente, proponemos registrar las recepciones de estas intervenciones, estudiaremos que tal como



ocurre con las obras de arte las re-significaciones son múltiples, autonomía de la interpretación que no siempre se ajusta a los sentidos deseados o conferidos por los «emprendedores de la memoria» (Jelin, 2002).

¿Por qué Baldosas?

Como ocurre con todas las fechas redondas, la conmemoración del trigésimo aniversario del golpe de Estado (1976-2006) estuvo caracterizada por la planificación de actos, movilizaciones callejeras y diferentes modos de ocupación del espacio público en una proporción mayor a la habitual. En este clima nació, a fines de 2005, Barrios por la Memoria y la Justicia (a partir de ahora «Barrios»), que se propuso alcanzar el contiguo 24 de marzo (el Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia) habiendo colocado una baldosa por cada desaparecido en la ciudad de Buenos Aires. Si bien no lograron cumplir ese objetivo, faltaban tan sólo tres meses para la fecha mencionada, comenzaron un largo recorrido de reconstrucción y de marcación del espacio urbano.

Los primeros miembros de Barrios venían de participar en diferentes experiencias de trabajo comunitario o actividades realizadas para y con los vecinos del barrio: en especial, muchos habían sido parte de las Asambleas Barriales, organizaciones autogestivas surgidas al calor de diciembre del 2001, cuando una honda crisis social, económica y de deslegitimación del sistema político partidario provocó la renuncia de las autoridades gubernamentales. En esas circunstancias, las Asambleas se convirtieron en espacios alternativos de participación política no delegativa que, junto con las fábricas recuperadas por trabajadores que no querían perder sus fuentes de trabajo, evidenciaron un ánimo social creciente a favor de encontrar soluciones colectivas a problemáticas comunes. Con el tiempo, la asistencia a las Asambleas fue mermando y poco a poco quedaron desarticuladas. No obstante, en algunos barrios las prácticas de encuentro y auto-organización dieron lugar a la realización de nuevos proyectos, como la idea de crear Baldosas que se les ocurrió a miembros de ciertas Asambleas. Esta propuesta fue parte de una serie de actividades de encuentro y socialización más amplia que apuntaba a mantener la vinculación lograda en los últimos años y a fortalecer la identidad



y pertenencia barrial. Según cuenta una entrevistada: «Las primeras Baldosas las colocamos con una fiesta en la calle Humahuaca como acostumbrábamos a hacer los vecinos: con bailongo y milonga, con choripanes y la murga» (entrevista a A. L. Miembro Comisión Almagro, 17/09/2008).

Al principio los vecinos hicieron rectángulos de cerámica (que luego pasaron a ser de cemento) del mismo tamaño que una baldosa corriente de la vereda. En los mismos dispusieron letras con las que formaron nombres de detenidos-desaparecidos y asesinados, y más abajo incluyeron las fechas de detención o muerte. Algunos de estos rectángulos fueron colocados en las últimas viviendas en las que las víctimas habitaron, otros en los lugares donde fueron secuestradas, así como también los emplazaron en escuelas, lugares de trabajo, y en otras instituciones en las que participaron.

El artefacto: sintonía y contraste con otras inscripciones territoriales

Cabe destacar que las Baldosas tienen continuidad con experiencias previas (o expresan una acumulación de saberes y sentidos) de marcación del espacio urbano en Argentina: en recuerdo de detenidos-desaparecidos fueron colocadas placas en iglesias, plazas y otros sitios; también, se utilizaron carteles para visibilizar sitios en los que durante la dictadura funcionaron centros clandestinos de detención; y desde el año 1998, una iniciativa original del Grupo de Arte Callejero (GAC) marca los domicilios particulares de los represores. Al consultarle a una miembro de Barrios sobre la iniciativa de colocar Baldosas, ella misma agregó experiencias que sirvieron como antecedentes: «¿Cómo se nos ocurrió lo de las Baldosas? Hay barrios que venían realizando diferentes actividades: los vecinos de Liniers, Mataderos y Villa Luro colocaron placas de bronce y plantaron árboles por los desaparecidos; otros hacían marchas de antorchas los 24 de marzo, y también hubo quienes escribieron un libro de historias de vida» (entrevista a A. L. Miembro Comisión Almagro, 17/09/2008). La respuesta permite comprender que los miembros estaban al tanto e interactuaban con organizaciones que venían inscribiendo en el territorio el recuerdo de personas víctimas del terrorismo de Estado.



Figura 1

Fuera del plano nacional, encontramos otras experiencias en las que se utilizan baldosas como marcas memoriales: en la calle Londres 38 en la ciudad de Santiago de Chile se colocaron adoquines con los nombres de los detenidos por la DINA; y en Berlín y alrededor de otras 400 ciudades alemanas, desde el año 1996 se instalan *Stolpersteine* (literalmente «piedras del tropiezo») en las puertas de viviendas de judíos víctimas del Holocausto, llegando a colocarse 17000 hasta nuestros días (figura 1). Esta experiencia comenzó a replicarse de modo similar en Roma y otras ciudades de Italia, a partir del año 2008, para recordar a las víctimas del fascismo. Estos artefactos o soportes de expresión artística de pasados traumáticos, comparten el carácter de ser situados en reemplazo de objetos habituales del espacio urbano; así, a la vez que cumplen con su función *original*, agregan mensajes que pueden detener a transeúntes y hacerlos reflexionar, o pueden pasar completamente desapercibidos. En cualquiera de estos casos, las marcas situadas en las calles están diseñadas para sorprender al público en su devenir o trayecto cotidiano, lo que las diferencia de una obra de arte en un museo a la que el espectador visita consciente de que va al encuentro de una producción artística.

Pero más allá de las evidentes continuidades entre estos artefactos, las Baldosas por la Memoria en Argentina introducen sentidos/mensajes particulares que plantean diferencias respecto de los anteriores. En principio, tanto los adoquines en Chile como los *Stolpersteine* respetan una uniformidad que no ocurre con las Baldosas en Buenos Aires (figura 2). Esta particularidad es consecuencia de que en Argentina, las Baldosas son construidas con materiales al alcance de los vecinos. Así, algunas son más elaboradas y otras son más precarias. Esta situación visibiliza los diversos capitales sociales, culturales y económicos de los vecinos que las crean. Dicha heterogeneidad también aflora en los actos de colocación de baldosas, en los que los vecinos recuerdan a las víctimas de la dictadura junto a víctimas del «gatillo fácil» (como se denomina a los muertos por abuso de poder policial) y de otras situaciones conflictivas que suceden en los barrios más carenciados (Bettanin, 2010). De este modo, el soporte artístico (la baldosa) evidencia la diversidad que caracteriza a los emprendedores, y a su vez habilita a pensar en que esas mismas diferencias atravesaban al colectivo de desaparecidos. Al recordar cada barrio a sus víctimas, es posible imaginar que, fuera de un grupo abstracto u homogéneo, los desaparecidos fueron actores situados en territorios con extracciones socio-económicas no homogéneas.



Figura 2



Figura 3

Luego, la utilización de nombres propios inscritos en las baldosas es un rasgo que contrasta con el recordatorio o modo tradicional de conmemorar a las víctimas de la dictadura en Argentina. Históricamente los organismos de derechos humanos reivindicaron los treinta mil detenidos-desaparecidos sin distinción alguna. Si bien hasta el año 2009 las personas identificadas como víctimas del terrorismo de Estado no superaban las nueve mil (Fernández Meijide, 2009), el reclamo por los treinta mil se realiza considerando que aún faltan casos que no fueron denunciados. Es por eso que, entre otros motivos, se eludió el uso de nombres propios en monumentos, actos y movilizaciones. En los últimos años esta situación comenzó a cambiar: en el 2006 se inauguró el Parque de la Memoria que cuenta con un monumento central en el que se destacan los nombres de las personas asesinadas y desaparecidas por el Estado (figura 3). Pero, lejos de haber consenso, la inclusión de esos nombres provocó que ciertos organismos no participasen y auspiciasen el memorial. Por esta misma razón, Madres de Plaza de Mayo rechaza la instalación de *Baldosas por la Memoria*. Otros, en cambio, como HJOS, que en su momento cuestionaron el Parque de la Memoria, hoy reconocen la legitimidad de las Baldosas como herramienta de la memoria. Así, queda evidenciado que la utilización de nombres es cada vez más aceptada aunque sigue siendo un

rasgo polémico, elemento igual de controvertido que la inclusión de leyendas del tipo «militantes populares» o de símbolos (como la estrella federal roja de Montoneros), que brinda información sobre la vida de los que se recuerda, obviada en otros soportes memoriales (figura 4).



Figura 4

Por último, otro elemento clave que diferencia las Baldosas de otros emprendimientos recordatorios es su colocación en el piso. Históricamente la utilización del plano visual inferior, como espacio memorial, fue rechazada por algunos organismos como Madres de Plaza de Mayo. Un ejemplo para destacar lo constituye el *Siluetazo*, como fue llamada la práctica performativa de dibujar figuras humanas para representar a los desaparecidos, cuyo origen data de septiembre de 1983, pocos meses antes de la reapertura democrática. Un grupo de artistas les propuso a las Madres acompañarlas a la Marcha de la Resistencia con materiales que pudiesen ser distribuidos entre el público y que le permitiesen crear treinta mil siluetas humanas. Las Madres aprobaron la iniciativa, no sin antes realizar algunos ajustes a la idea original: se le pidió a los artistas que «no podían pegar siluetas en el piso», y que éstas debían «estar erguidas, nunca yaciendo acostadas para evitar asociaciones con la muerte» (Longoni y Bruzzone, 2008: 34-35).

Tal vez la vinculación entre desaparecidos y muerte sea más directa en una obra figurativa (el *Siluetazo*) que en una obra abstracta como las *Baldosas*

por la Memoria. No obstante, dicha relación está presente en las Baldosas, a pesar de la opinión de ciertos miembros de Barrios que se niegan a que sean vistas como lápidas. Las Baldosas han sido apropiadas socialmente y empleadas para señalar la muerte de los desaparecidos, o bien, para «diluir la tensión entre desaparecidos y muertos» como sugiere con mayor sutileza Estela Schindel (2009 b) al analizar otras marcas territoriales. En muchos actos, los familiares llevan flores que depositan sobre las Baldosas, así como también recitan semblanzas tal como si se tratara de un sepelio (figura 5). En un acto en noviembre de 2006, los miembros de la Comisión de Villa Lugano, Villa Soldati y Villa Celina leyeron un texto de Eduardo Galeano que decía: «Los desaparecidos están empezando a aparecer», que fue escrito en ocasión del primer sepelio en Uruguay a un desaparecido cuyos restos fueron recuperados, y luego agregaron: «Hemos venido a decirles que valió la pena. Hemos venido a decirles que no se murieron por morir nomás» (Comisión Villa Lugano, Villa Soldati y Villa Celina, 2006). Los familiares encuentran en estas marcas un soporte para seguir transitando, luego de tantos años, la ausencia de los cuerpos de sus seres queridos, sin dejar de reclamarlos y sin renunciar a la demanda de justicia.



Figura 5



Las hacen, las colocan y las cuidan

La confección material de las baldosas, que requiere un esfuerzo colectivo arduo, no es el primer paso que involucra a los miembros de las distintas comisiones que conforman Barrios. Con anterioridad, realizan un trabajo de investigación minucioso que les permite armar un listado con los nombres de desaparecidos y asesinados. Al comienzo, la Sub-secretaría de Derechos Humanos de la ciudad de Buenos Aires les entregó información, que luego completaron con datos provistos por otras agencias nacionales. Pero rápidamente se dieron cuenta de que éstas sólo contaban con registros de víctimas entre 1976-1983. La tarea fue entonces encontrar otras fuentes de referencia, rastrear historias de vida, y así construir una cartografía que les permitiese «ubicar» a las víctimas en el espacio territorial.

Con el tiempo, esta iniciativa fue cobrando visibilidad y en muchos casos la demanda parte de familiares y amigos de las víctimas, conocidos de grupos de militancia, miembros de instituciones que rastrean y encuentran casos por los que quieren colocar baldosas. Junto a los miembros de Barrios se elige el texto que acompañará a los nombres de sus allegados. Si bien hay fórmulas más o menos estandarizadas, también hay variaciones tales como: «Aquí vivieron» o «Aquí fueron secuestrados» o «Aquí estudiaron» o «Aquí militaron». Luego se señalan los nombres y apellidos seguidos de «Milитantes populares detenidos-desaparecidos por el terrorismo de Estado [fecha]. Barrios x la Memoria y la Justicia».

A veces llegar a un acuerdo entre emprendedores y familiares sobre el texto que se inscribe en las Baldosas resulta una tarea ardua, no siempre saldada con la fijación permanente de las mismas. Entre otras discusiones, hubo una (que terminó provocando la ruptura entre miembros de una misma Comisión) sobre el empleo del término «terrorismo de Estado»: por un lado, un sector prefería circunscribirlo a la última dictadura; y por el otro, había quienes optaban por su utilización más amplia, es decir, querían que incluyese tanto los sistemas represivos en dictadura como en democracia. Así, los primeros (que defendían un uso acotado) buscaban diferenciar al gobierno peronista de la dictadura, mientras que los posicionados a favor de su empleo más amplio, planteaban que hubo una continuidad en el uso ilegítimo de la violencia por parte del Estado. Sus argumentos se encuentran enraizados en



luchas históricas. No obstante, es necesario precisar el uso ambivalente del término y el cambiante modo de evocar el pasado: en los 90, adquirió una legitimidad incuestionable para nombrar el ejercicio de terror monopólico e indiscriminado que implementó la última dictadura; mientras que en la actualidad, producto de ciertos usos en el ámbito judicial y en grupos académicos, se extendió su definición laxamente, así como también comenzó a ser reemplazado por el concepto de genocidio (Águila, 2013).

Igual de compleja es la negociación con administradores y consorcistas, no siempre dispuestos a permitir la rotura de una baldosa en sus veredas para colocar el memorial. Si bien las veredas son parte del patrimonio público de la ciudad, y como tales no dependen de particulares, sino de las decisiones del gobierno municipal, hasta el momento no hubo precedentes de instalación compulsiva de Baldosas. Frente a la negativa de vecinos particulares, los miembros de Barrios optan por trasladar la colocación a otros sitios.

Tras el proceso de investigación y una vez cumplida la elección del contenido y el lugar de instalación, llega la instancia de confeccionarlas. En general, para el armado se eligen lugares accesibles a un público amplio —la calle, centros culturales, escuelas, sindicatos, etc.—, con el fin de que familiares y el barrio en general se interesen e intervengan en la actividad. Siendo la técnica de confección de Baldosas muy sencilla, adultos y niños pueden participar de la preparación de la mezcla de cemento, de la creación de adornos y cuadraditos de colores, y de la elección y colocación de letras. Un caso destacable es el de febrero de 2009, cuando la Comisión de Villa Lugano – Villa Soldati – Villa Celina eligió utilizar el ex Centro Clandestino de Detención El Olimpo para el armado de una Baldosa. A pesar de la carga simbólica y los sentimientos encontrados que implican ingresar a un sitio donde se torturó y asesinó, la actividad contó con gran afluencia de público. De hecho, fue una jornada alegre, un festejo popular, con baile y música de murgas que hicieron que ese día la gente participase de diversos modos de la creación de la Baldosa.

El momento de la colocación es uno de los más significativos: es la instancia en la que se encuentran miembros de Barrios, referentes de organismos de derechos humanos, familiares, amigos, y compañeros de militancia de la persona o personas a las que ese día se recuerda y homenajea. En esas

circunstancias se cuentan anécdotas, historias de vida, proyectos e ideales de los desaparecidos; se relata el modo en que esa persona fue secuestrada/ asesinada; y, también, hay ocasiones en las que los amigos y familiares agregan espontáneas apreciaciones de lo que sienten en esos momentos al escuchar que se nombra a los suyos y por primera vez se los inscribe en el espacio público. Así, puede notarse que el acto funciona como un canal o soporte de una serie de procesos simbólicos en conmemoración de los detenidos-desaparecidos, que excede la acción concreta de colocar la Baldosa.

Posteriormente, y al igual que las esculturas y el mobiliario urbano, las Baldosas requieren protección, ya que han sido objeto de actos vandálicos (figura 6). Los miembros de Barrios se distribuyen las calles para revisarlas y controlarlas, y reciben la colaboración de gente que utiliza su blog, envía mails, entre otros medios de comunicación para alertarlos de roturas, convirtiéndose así en «guardianes» espontáneos de estas marcas memoriales.



Figura 6

Es importante reconocer que en todo este proceso, hay diferentes momentos en los que se producen interrelaciones e intercambios con el Estado: ya fue mencionada la entrega de listados con nombres; a lo que cabe agregar, la



decisión de ciertos legisladores de declarar la iniciativa de interés público; así como también, el Instituto Espacio por la Memoria (IEM) publicó libros que compilaron el trabajo realizado por Barrios. Pero lejos de convertirse en un trabajo mixto, público-privado, la iniciativa surgida espontáneamente de la sociedad, sigue manteniendo ese carácter a lo largo de los años. No siendo el Estado quien firma y auspicia la colocación de Baldosas, la marcación carece del reconocimiento y legitimidad que se le da a un monumento o memoria nacional —los «sitios de la memoria» que estudia Pierre Nora (1998)—. La ausencia de dicho carácter permite reconocer a esta propuesta como una expresión material de la voluntad grupal que aspira a incidir políticamente y convertirse en memoria colectiva.

La/s recepción/es

Generalmente, las investigaciones señalan que el impulso que lleva a los agentes a materializar sus memorias en el espacio territorial proviene de la necesidad de realizar duelos inconclusos, de enfatizar la falta de justicia y de reclamarla como una demanda pendiente (Jelin y Langland, 2003; Da Silva Catela, 2001). Más complejo, y menos estudiado, es el lugar de los receptores, y de los procesos que éstos atraviesan al decodificar los sentidos y significados de las marcas y monumentos con los que se encuentra intervenido el territorio.

Partimos de considerar que las Baldosas son marcas que no *transmiten* indefectiblemente mensajes, sino que para que haya comunicación de su significado se necesita de receptores activos, sensibles y con habilidades para observar el señalamiento y sentirse interpelados. Estas características conforman lo que para Azulay Tapiero y Garzón (2011) es la «experiencia personal» de cada individuo frente a las marcas, nombre con el que explican procesos subjetivos (los modos de acercamiento y de interpretación) e inter-subjetivos (como las herencias culturales). Asimismo, lejos de una unicidad significativa, las Baldosas admiten la posibilidad de que los receptores desarrollen múltiples lecturas y que de hecho agreguen sus propias apreciaciones que pueden ser muy distintas a las de los emprendedores.



Pero también es necesario considerar las situaciones en las cuales las Baldosas *no dicen nada*, porque el mero hecho de que estén ahí, que hayan sido colocadas, no garantiza el efectivo proceso de comunicación de sentidos/mensajes sobre el pasado reciente. Al presentar su documental *Calles de la Memoria* (2012), que aborda la experiencia de las Baldosas, Carmen Guarini dice que estos artefactos artístico-políticos «intentan instalar» (no que efectivamente *instalan*) las huellas del terrorismo de Estado. Justamente, el material audiovisual que presenta contiene escenas significativas en las cuales hombres y mujeres caminan sobre y cerca de las Baldosas, van y vienen, no se detienen. Al interrumpir su paso e interrogarlos sobre si esto les hace pensar en algo, algunos contestan que «no» les dice nada o que no saben qué les parece el tema; mientras otros esgrimen lo que sienten al conectarse, por un instante, con los muertos y desaparecidos en la última dictadura. Así se reconoce un abanico de respuestas en un mapa de receptores entre los cuales es posible elegir entre dos posiciones extremas: desinteresados e interpelados, que se diferencian por la existencia o no de inquietud, deseo y/o movilización ante la marca.

La presencia de las *Baldosas por la Memoria* en el territorio, no garantiza que éstas *nos hablen*. Para que esta inscripción material funcione como un vector que comunique una memoria sobre el pasado reciente es necesario que existan actores activos capaces de decodificarlas y visibilizarlas.

A modo de conclusión

Tanto morfológica como simbólicamente, las Baldosas proponen nuevos modos de representar el pasado reciente que hasta no hace mucho eran rechazados por actores que justificaban su posición en la particular situación indefinida de los desaparecidos («ni vivos ni muertos») y en los límites impuestos por el número de víctimas reconocidas e identificadas. Éstos fueron motivos sobrados para que los organismos de derechos humanos rechazasen la utilización de memoriales que simbolizaran la muerte y que individualizasen a los desaparecidos con nombres propios en vez de nombres colectivos. En contra de esos límites, las *Baldosas por la Memoria* agregan, proponen, recrean a través de una condensación de sentidos la memoria colectiva en



el espacio común y así corren los límites de lo canonizado, legitimado y admitido.

Es importante reconocerlas como una iniciativa social espontánea que si bien retomó una tradición de señalamiento e inscripción memorial en el espacio urbano, es a la vez irreverente con la tradición de recordatorios canonizados, como ya se dijo, y a la vez como propuesta artístico-política. Su reproducción accesible y simple, que permite una apropiación social fácil y rápida, descentraliza el arte y le quita el carácter de accionar de expertos. La realización de Baldosas traspasó a los que fueron sus primeros realizadores y se multiplican los nuevos emprendedores que pretenden reproducir el artefacto en sus barrios. La particularidad es que mucho antes de que se produzca la transmisión de la técnica, entre nuevos y viejos realizadores, se produce la apropiación de los preparativos que confluyen en el acto de colocación. Cada una de estas reuniones es un acontecimiento singular que se desarrolla de acuerdo a los intereses y necesidades de los miembros involucrados. Esta situación genera que muchas veces, los sentidos que cobra el acto, entre ellos la simbolización de la inhumación de los desaparecidos, exceda la apuesta con la que originalmente los emprendedores pensaron este proyecto.

Es propio decir entonces que, estas marcas territoriales —que pueden ser concebidas como «anti-monumentos» siguiendo a Young (2000)— se encuentran en un devenir constante en cuanto a su utilización y nuevos significados que puedan adquirir a futuro. Más allá de impactar a los transeúntes en sus trayectos cotidianos, es el proceso de instalación, la acción política de colocarlas, lo que permite entender su importancia. De acuerdo con esta perspectiva es que concluimos con una serie de interrogantes que, tras lo relevado, es necesario continuar explorando: ¿Son las baldosas (como artefactos que combinan arte y política) *nuevas* maneras de representar lo irrepresentable? ¿Qué es lo nuevo y qué lo antiguo de las tradicionales maneras de representar el pasado? ¿Su presencia en el territorio contribuye a recordar la masacre —de acuerdo al imperativo de los emprendedores— o cuando su existencia se «normaliza» e integra al paisaje urbano se vuelve un objeto invisible síntoma del fenómeno de insensibilización que genera todo hábito o rutina tal como el gran Samuel Beckett se dedica a dilucidar a lo largo de sus obras?

Referencias

- AAVV** (2010): *Baldosas por la Memoria y Justicia II*, Instituto Espacio para la Memoria, Buenos Aires.
- AAVV** (2008): *Baldosas por la Memoria y Justicia*, Instituto Espacio para la Memoria, Buenos Aires.
- ÁGUILA, G.** (2013): «La represión en la historia reciente argentina: perspectivas de abordaje, conceptualizaciones y matrices explicativas», *Contenciosas*, Año 1, Nro. 1.
- AZULAY TAPIERO M. y E. I. GARZÓN** (2011): «Gesto memorial y gesto arquitectónico: Berlín, Barcelona y Sarrebruck», en **FLEURY, B y W. JACQUES** (comp.), *Memorias de la piedra. Ensayos en torno a lugares de detención y masacre*, Ejercitar la Memoria Editores, Buenos Aires.
- BADENES, D.; C. BETTANIN; E. CRENZEL; V. DURÁN; C. FELD; M. E. MENDIZÁBAL; L. MESSINA y L. SCHENQUER** (2013): «Espaces, lieux et marques territoriales de la dictature à Buenos Aires (Argentine)», en **ALONSO, J. y WELLS, A.** (comp.), *Espaces et Memoires*, Pulim. Université de Limoges.
- BETTANIN, C.** (2010): «Políticas urbanas autoritarias: testimonios y prácticas de memoria colectiva acerca del pasado reciente en conjuntos urbanos de vivienda social en la ciudad de Buenos Aires», en *Cuadernos de Trabajo Social*, Vº 23, Universidad Complutense, 103-123, Madrid.
- CATELA DA SILVA, L.** (2001): *No habrá flores en la tumba del pasado*, Ediciones Al Margen, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ MEIJIDE, G.** (2009): *La Historia íntima de los Derechos Humanos en la Argentina*, Edit. Sudamericana, Buenos Aires.
- JELIN, E. y V. LANGLAND** (comps.) (2003): *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Siglo XXI, Madrid y Buenos Aires.
- JELIN, E.** (2002): *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- LONGONI, A. y G. BRUZZONE** (comp.) (2008): *El Siluetazo*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires.
- LORENZ, F.** (2002): «¿De quién es el 24 de marzo? Las luchas por la memoria del golpe de 1976», en *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas «infelices»*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- NORA, P.** (1998): «La aventura de Lieux de mémoire», en *Ayer*, N° 32.



- SCHINDEL, E. (2009 a): «Entre las grandes narrativas urbanas y las marcas descentralizadas: El caso de Berlín». Jornadas: «Espacios, lugares, marcas territoriales de la violencia política y la represión estatal», IDES, Buenos Aires.
- (2009 b): «Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano», *Política y Cultura*, N° 31, pp.65-87.
- VECCHIOLI, V. (2001): «Políticas de la memoria y formas de clasificación social. ¿Quiénes son las “víctimas” del Terrorismo de Estado en Argentina?», en GROPPPO, B Y P. FLIER (comps.): *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*, Ediciones Al Margen, La Plata.
- YOUNG, J. (2000): «Cuando las piedras hablan», en *Revista Puentes*, pp.80-93, Buenos Aires.